

CAPITULO VI.

1814

Golpe de estado dado por Fernando VII en Valencia, aboliendo la Constitucion y todas las leyes expedidas por las Córtes.—Rumores que acerca de este suceso circulan en la provincia.—Actitud de los partidos.—Preparativos de los rutineros.—Acusacion infundada que lanzan contra los sanjuanistas.—Vacilaciones del gobernador Artazo, á pesar de sus simpatías por el absolutismo.—Tumulto en la plaza principal de Mérida.—Se decide el gobernador á publicar solemnemente el decreto de 4 de mayo.—Fiestas que acompañan á la publicacion.—Vejas cometidas contra el padre Velásquez.—Prision de varios liberales.—Zavala, Quintana y Bates son enviados á S. Juan de Uluá.—Conducta de la Diputacion provincial.—Fragmentos de la nota en que el Sr. Artazo felicita á Fernando VII.

Al principiar el año de 1814, la estrella de Napoleon Bonaparte caminaba rápidamente hácia su ocaso. Proclamada la restauracion de los Borbones por los aliados que habian invadido la Francia, y aún la misma ciudad de París, se vió obligado á abdicar el 4 de abril y retirarse á la isla de Elba, á

donde fué confinado. A consecuencia de este suceso, Fernando VII recobró su libertad, y volvió á España despues de cinco años y medio de cautiverio, entre las ovaciones leales y entusiastas con que todos sus súbditos le significaban su amor. Pero aquel rey ingrato, que nunca supo apreciar debidamente los sacrificios del pueblo español, señaló su vuelta á la madre patria, con un atentado á que fué impulsado por los *serviles*. El dia 4 de mayo expidió en Valencia un decreto, en que despues de hacer una reseña apasionada de los trabajos de las Córtes, calificándolos de abusivos y atentatorios á la autoridad real, declaraba nulos y de ningun valor ni efecto todos los decretos que habia expedido, con inclusion de la memorable Constitucion de Cádiz. Varios diputados, á quienes se dió el nombre de *persas*, (1) figuraron entre los instigadores de esta medida, aconsejándosela al rey en un ocurso, que le fué presentado durante su viaje á Madrid. Estos alcanzaron honores y recompensas, miéntras que otros de sus colegas, algunos ministros y dos miembros de la regencia, fueron arrastrados á las cárceles, sin otro crimen que el de haber intentado la regeneracion de la monarquía. Venganzas semejantes se practicaron mas tarde en todas las provincias, y Fernando y su camarilla no respiraron con libertad, sino cuando creyeron haber reducido á la impotencia á sus principales enemigos.

Dos meses y medio despues, es decir, hácia el 18 de julio poco mas ó ménos, uno de esos vagos rumores que suelen preceder á la noticia de los grandes acontecimientos, comenzó á circular por la capital de la colonia. Un buque llegado de la Habana, habia traído periódicos en que se hablaba del golpe de estado dado en Valencia, aunque sin insertar el decreto relativo, ni aducir ninguna otra prueba de su dicho. Rutineros y liberales se sintieron sin embargo mas inclinados á creer

(1) Se les dió este nombre, porque la solicitud que dirigieron á Fernando comenzaba con esta frase: "Era costumbre entre los antiguos persas....."

en el atentado que á dudar de él; pero como ámbos eran nuevos en la vida pública y no se comprendia muy bien eso de que Fernando rasgase con mano sacrílega una Constitucion que habia sido publicada en su nombre, ámbos partidos, como si préviamente se hubiesen puesto de acuerdo, resolvieron aguardar la confirmacion de la noticia, y entretanto moderaron los ataques que recíprocamente se dirigian por la prensa. Ambos partidos se detuvieron en la marcha que habian emprendido y se miraron frente á frente, sin osar embestirse de nuevo, el uno disimulando su alegría y el otro sus temores. Los sanjuanistas no dieron mas señales de vida en aquellos momentos de hesitacion, que reunirse los vocales que componian la junta de censura para impedir la circulacion de los impresos de la Habana, que habian traído la infausta nueva á la península. Pero desde aquel instante comenzaron á probar las mas amargas decepciones: se hallaron tan mal secundados en la ejecucion de esta medida, vieron desertar de sus filas á tantas personas, con quienes ántes creian poder contar con toda seguridad, que se vieron completamente aislados, cuando ménos lo esperaban, y labrando, acaso sin comprenderlo, su proceso mismo.

Entretanto los rutineros comenzaron á prepararse para el día de su triunfo, porque aunque no tenian plena seguridad del golpe de estado que se anunciaba, sería preciso desconocer completamente el corazon humano para no comprender que siempre se cree aquello que halaga nuestras pasiones. La abolicion de la Constitucion y de todas las leyes dadas por las Córtes desde 1810, importaba la vuelta del tributo, del servicio personal de los indios, de las obvenciones y de todo aquello que constituia la dicha y la riqueza de las clases privilegiadas. Importaba tambien el mutismo de la prensa, de aquella prensa sanjuanista, que rompiendo con toda clase de miramientos hácia el pasado, habia sacado á relucir los vicios

de la sociedad antigua y puesto en la picota de la opinion pública á los curas, á los subdelegados, á los encomenderos y á todos los que explotaron en otro tiempo la miseria del indio. Oh! Cuando los rutineros pensaban en esos escritores del *Aristarco*, del *Misceláneo* y del *Clamor*, sentian hervir la sangre en sus venas, y cuando creyeron que se aproximaba la hora de su venganza, comenzaron á prepararla en proporcion á su ódio. Ellos contaban con tener un gran número de colaboradores en aquella hora apetecida, no solamente porque todo el mundo comprenderia entónces que la causa constitucional estaba perdida en toda la monarquía, sino porque sabian muy bien que era muy grande el número de familias blancas y mestizas, cuya subsistencia dependia de los curas, de los frailes y de la explotacion del maya.

Tales debieron ser los preparativos que el partido servil hacía para vengarse de sus enemigos, que algunos de sus miembros, ménos exaltados que los demás, llegaron á concebir sérios temores y mandaron avisos secretos al padre Velásquez y á otros sanjuanistas distinguidos para que se ocultasen. Pero ni éstos ni aquel quisieron aprovechar el consejo, porque nuevos como hemos observado en la vida pública, y teniendo la conciencia de que no habian cometido ningun crimen al hacer uso de un derecho que les otorgaban las leyes, se hicieron la ilusion de creer que nada tenian que temer de sus adversarios políticos. Es verdad que alguna vez se habia lanzado contra ellos la vaga acusacion de insurgentes, ó cuando ménos de tener simpatías por la causa que sucesivamente habian acaudillado los curas Hidalgo y Morelos para hacer la independencia de la Nueva España. Pero esta acusacion era del todo infundada. Si algunos sanjuanistas abrigaban simpatías por los independientes mexicanos, ningun hecho ni discurso suyo podria traerse para probarlo. Al contrario: parece que previendo la calumnia que contra ellos podria levantarse con el tiem-

po, habian fundado el periódico que llevaba por título: *Clamores de la fidelidad americana contra la opresion y el despotismo*. Era su redactor principal D. José Matías Quintana, el único quizá de los liberales de la península que tenia entónces grandes motivos para preocuparse con el éxito de la causa mexicana, porque su hijo D. Andres Quintana Roo se hallaba por aquella época en el campo de los insurgentes, participando de su gloria y sus penalidades. Pero aunque aquel escritor apasionado declamaba fuertemente contra los vireyes Calleja y Venegas y contra los lagos de sangre en que pretendian ahogar las aspiraciones de todo un pueblo, nunca dejó escapar en sus artículos una sola frase en favor del partido que habia abrazado su hijo. Es verdad que examinando con atencion hostil estos escritos, podria llegar á deducirse que veia en la emancipacion de la metrópoli, el último remedio de los males que affligian al Nuevo Mundo. Pero esto era todo. En cuando á los demás sanjuanistas, adictos sinceramente á la Constitucion, y por consiguiente á la unidad española, solo buscaban en aquel código el remedio de los infinitos males que affligian á la colonia.

Pero ninguna de estas consideraciones bastó para apartar enteramente de su cabeza, como veremos mas adelante, la acusacion que nos ocupa, porque los hombres dominados por el espíritu de partido, jamás se han detenido, ni ante la injusticia ni ante la calumnia para perder á sus enemigos.

Entre los rutineros que hacian sus preparativos para el día que con tanta ánsia esperaban, no debe pasar desapercibido para nosotros el Sr. Artazo. La primera noticia que tuvo del atentado de Valencia debió indudablemente halagar sus pasiones políticas, aunque acaso no hizo cesar del todo la angustia en que vivia desde que se vió envuelto en la malhadada cuestion de las obvenciones. En efecto, en los últimos tiempos se habia dejado llevar demasiado de las excitaciones de

la prensa sanjuanista y de los consejos de su secretario Moreno; y el partido rutinero—el partido que hoy iba á levantar con la abolicion de la Constitucion—le aborrecia ya con toda su alma, no seguramente porque le creyese liberal, sino porque le juzgaba débil é inepto. Así lo habian dicho los curas en los ocursoos que presentaron al Obispo y á la Diputacion provincial: así lo habian repetido en los corrillos y en la prensa; y cuando han mediado insultos de esta naturaleza entre dos enemigos, ó entre dos amigos que han llegado á dividirse, se hace bastante difícil la reconciliacion.

No lo creyó así el gobernador de la provincia, y se persuadió de que el partido triunfante llegaria á perdonarle su antigua ingratitud, si ejecutaba una conversion completa y eficaz, si le ofrecia en holocausto el sacrificio de los odiados liberales, si se hacia, en fin, cómplice ó instrumento de sus pasiones. Y el Sr. Artazo se encontró muy dispuesto á ejecutar todas estas maniobras, no solo porque era absolutista de corazon, sino porque comprendió que la menor insinuacion que se pudiera hacer á la Córte de que habia sido *doceañista*, (2) habria bastado para quitarle el gobierno de la colonia. Y el sabia muy bien que los rutineros eran muy capaces de hacer una denuncia semejante ante el suspicaz Fernando.

Dícese que luego que comenzó á divulgarse en Mérida la noticia del atentado de Valencia, el capitan general, segun su antigua costumbre, consultó á D. Pablo Moreno sobre el partido que debia adoptar en el caso de que resultasen ciertas las especies vertidas por los periódicos llegados de la Habana. Añádese que este célebre personaje, no solo le aconsejó que cumplierse con las órdenes que le vinieran de la Córte; cualquiera que fuera su naturaleza, sino tambien que “se rodease de ciertas personas capaces de obrar activamente en caso de una resistencia, que el gobierno en todo caso debia combatir

(2) Nombre que se dió á los partidarios de la Constitucion de 1812.

hasta vencer." (3) No garantizamos del todo la exactitud de esta version, porque tampoco la garantiza la fuente que nos la suministra; pero si se atiende á que Yucatan era en aquella época una fraccion bien pequeña por cierto de la monarquía española, el consejo era cuando ménos saludable bajo el aspecto político, porque realmente no era posible que la colonia adoptase una marcha contraria á la de toda la nacion. Pero de ésto á ejecutar venganzas contra hombres que no tenian otro delito que las opiniones que profesaban, habia una gran diferencia. Y este fué desgraciadamente el camino á que se dejó arrastrar el Sr. Artazo, como no tardará en ver el lector.

El dia 24 de julio, llegó un nuevo buque de la Habana, confirmando plenamente la noticia, infausta para los liberales, que habia traído el anterior. El decreto de 4 de mayo venia insertado íntegro en los periódicos, donde los sanjuanistas pudieron leerlo con espanto y los rutineros con un gozo inesplorable. Los primeros se retiraron á sus casas á devorar en el silencio y en el aislamiento la amargura de la derrota, pero sin tomar ninguna clase de precauciones, porque como hemos dicho no se creian acreedores á ninguna persecucion de parte de sus enemigos. En cuanto á éstos, se dejaron arrastrar á todas las consecuencias que trae consigo un triunfo completo é inesperado. Se entregaron á la mas insensata alegría, y su indignacion, tanto tiempo contenida, estalló de pronto en sus periódicos, los cuales se cebaron con furor sobre sus adversarios ya caidos y privados de toda especie de garantías.

Una circunstancia desconcertó sin embargo á los serviles en aquellas primeras horas de expansion y de dicha. El gobernador no habia recibido oficialmente el decreto de 4 de mayo, ni comunicacion ninguna en que se le ordenase su ejecucion. Los mas suspicaces comenzaron á entregarse á las conjeturas mas inverosímiles, y no faltó quien hiciese circular la

(3) Sierra, Consideraciones.

especie de que los despachos de la corte podian haber sido interceptados en el camino de Sisal, por *los enemigos del trono y del altar*. Si álguien objetaba que no creia á nadie capaz de esta interceptacion, porque con despachos ó sin despachos del rey, el decreto tendria que ejecutarse tarde ó temprano en la colonia, se le respondia que lo que querian los sanjuanistas era ganar tiempo, porque necesitaban algunos dias cuando ménos para mover á los indios, que apoyaban sus miras, y para recibir los auxilios del cura Morelos, con quien aseguraban hallarse aquellos en contacto.

Cuando todas estas extravagancias se hubieron extendido lo bastante para hacerlas pasar por eco de la opinion pública, los rutineros mas exaltados, entre los cuales se encontraban los curas, se acercaron al Sr. Artazo y pretendieron empujarle á ejecutar de luego á luego el decreto. Mas aunque éste ardía en deseos de complacerlos, intentó disculparse con el hecho de no haber recibido ninguna orden directa de la corte, sea porque temiese contraer algun compromiso grave con un paso prematuro, ó porque en realidad opinase, como su secretario, que nada debia innovarse sin el previo recibo de aquella orden. La impaciencia de todos los rutineros, y en especial del cura Villegas, comenzó á exacerbarse con esta resistencia, y se llegó á pensar seriamente en ejecutar un plan semejante al que cinco años ántes habian puesto en práctica los *gachupines* en la Nueva España. Hablóse en efecto de deponer á todas las autoridades constitucionales, publicando el decreto de 4 de mayo y de prender al capitan general, enviándole á la Habana bajo partida de registro. Pero para dar este golpe atrevido se necesitaba contar con la aquiescencia del teniente rey de la plaza de Campeche D. Miguel de Castro y Araoz, quien en todo caso debia sustituir al Sr. Artazo; y ya se daban los pasos necesarios para sondear la voluntad de aquel funciona-

rio, cuando un suceso preparado quizá por manos ocultas vino á detener á los conspiradores en su marcha.

Sea que el capitán general hubiese recibido los despachos reales que esperaba, sea que se hubiese determinado á obrar ántes de recibirlos, con el objeto de recobrar las simpatías de los rutineros (4), en la mañana del 26 ó del 27 apareció ceder ante una manifestación que tenía los visos de un movimiento popular. La plaza principal y la galería exterior de la casa de gobierno, fueron súbitamente invadidas por un gran número de personas que victoreaban al rey absoluto y que pedían á gritos que se publicara el decreto que declaraba abolida la Constitución. En seguida se dirigieron á las casas consistoriales, con la intención de arrancar la lápida que tenía el letrero de *plaza de la Constitución*, para remedar lo que la soldadesca había hecho en varias poblaciones de España durante el viaje de Fernando á Madrid. Pero entónces el Sr. Artazo salió de sus habitaciones y contuvo de pronto á estos serviles exaltados con la promesa de que muy pronto quedarían satisfechos sus deseos. Mas la concurrencia, que no se disolvió, siguió aumentándose progresivamente, hasta que habiendo llegado hácia el medio día á mil quinientas personas, volvió á lanzarse al palacio municipal, y prévia la aquiescencia del gobernador, derribó la lápida que excitaba su ódio.

En seguida muchos de los tumultuarios subieron al salón de sesiones del ayuntamiento, arrancaron de las paredes un

(4) Las notas oficiales del Sr. Artazo á la Corte y las Consideraciones de D. Justo Sierra refieren con alguna variedad los sucesos de que en seguida nos ocupamos en el texto. Pretende el último que el gobernador no se determinó á publicar el decreto de 4 de mayo, sino hasta que recibió los despachos reales, y que si éste aseguró lo contrario al rey, fué por adularle y para conservarse en el gobierno. En cuanto á algunas contradicciones que se notan en otros pormenores, nos hemos atenido de preferencia á las notas del Sr. Artazo, sin dejar de aceptar algunas versiones del Sr. Sierra, quien pudo recoger la noticia de los sucesos que refiere, de personas que tomaron en ellos una parte activa, ó que cuando ménos, los presenciaron.

mal retrato de Fernando VII que encontraron allí y lo sacaron á la plaza. Ya estaba preparado un pábulo que otros rutineros habían extraído de la catedral para la función que habían dispuesto, y el gobernador que por fin se había ya determinado á doblegarse á la voluntad de sus antiguos amigos, reclamó el honor de conducir en hombros á su soberano. Tomó en sus brazos el retrato, y habiéndose colocado bajo el pábulo, cuyas varas fueron arrebatadas por la flor y nata del partido servil, se encaminó toda la concurrencia á la catedral, donde los canónigos y curas que no formaban parte de la procesión, salieron á recibirla. Inmediatamente se cantó con toda solemnidad el himno conocido con el nombre de *Tedeum*, y habiéndose leído despues en el púlpito el decreto de 4 de mayo, todos los héroes de esta jornada, se volvieron al palacio municipal, en donde la efigie del rey fué colocada en una especie de altar, donde estuvo expuesta por tres días á la espectación del pueblo.

Ya no era posible detener por mas tiempo la publicación oficial del decreto, y el Sr. Artazo, luego que volvió de la iglesia, mandó que se verificase al instante con toda pompa y solemnidad. Reuniéronse precipitadamente las músicas de todos los cuerpos, las compañías de granaderos y dragones, de milicias y pardos, y seguido todo este aparato militar de un gran número de rutineros que se presentaron á pié y en carruajes, el bando recorrió las calles acostumbradas para tales casos, entre las salvas de artillería que hacía la ciudadela de S. Benito, y el toque de todas las campanas de la ciudad, que repicaban á vuelo.

Si con este bando hubieran terminado las fiestas, nada habría que reprochar al partido rutiner, que era muy dueño de entregarse á toda su alegría con motivo del triunfo que le había proporcionado la ingratitud del rey. Pero el ódio de los hombres que lo componían no estaba aún satisfecho, y